

Ponencia 6ª Cumbre Mundial de las Artes y la Cultura:  
**Sobre globalización, sueños y mesas del pellejo**  
Sonia Montecino

Cabezas grandes de oro están en el cielo.  
Y ya lejos de mí, está mi cabalgadura.  
Me arrodillo dos veces y lloro de angustia y miedo.  
La muerte me persigue.  
Miro hacia arriba donde reina mi cuchillo de oro  
con su reina azul y cuento mis sueños.  
Bernardo Colipan, Del caballo caí al sueño la otra noche.

Caer de un caballo al sueño-una experiencia que en el mundo mapuche podría asimilarse a un perimontún, una suerte de visión-vivencia, un acontecer que descalza las coordenadas de tiempo y espacio- es la metáfora que hilvanará mis reflexiones, desde el desprendimiento del vínculo humano-animal a la configuración de los sueños no como utopía ni inconsciente a develar sino como producción de relaciones simbólicas que hacen posible la renovación permanente de los sentidos personales y sociales.

Cuando Magdalena Moreno me invitó a participar en esta reunión, acepté porque esta imagen de comunidad congregada en una cumbre en torno a la reflexión cultural me pareció un escenario propicio para, precisamente, conocer como transitan y se desplazan las nociones de cultura en un momento en que ésta se define mundializada, desterritorializada, configurando una ecúmene que se derrama a partir de signos estandarizados por las arterias del planeta, generando un sinfín de interrogantes y paradojas.

Espero que mi pensar situado, pueda contribuir desde un habla particular a dilucidar las tramas culturales globalizadas -en una mirada condicionada por la historia política, social y económica de mi país-a los modos en que actualmente concebimos nuestra cultura, es decir a esa manera de habitar el mundo -de producir tiempos, ecosistemas, interrelaciones, tejidos simbólicos de prestigio y poder, ideas de la vida y de la muerte, máquinas-tecnologías, albergues-esferas, pero sobre todo dignidades, solidaridades y cooperación-.

Desde una óptica disciplinaria- la antropología del género-, la cultura se sitúa como un eje analítico para comprender cómo las sociedades se representan a sí mismas, elaboran sus relatos sociales - para edificar desde allí un conjunto de valuaciones-, tejen sus coordenadas de tiempo y espacio, se comunican entre sí y bordan los límites con que hombres y mujeres -y las múltiples identidades que de allí nacen- enfrentan el dilema de ajustar o no sus subjetividades a los cauces ya dados de la experiencia humana. Las relaciones sociales, y entre ellas las de género, son relaciones donde el poder y el saber articulan los sentidos, crean posiciones y develan las estructuras en las cuales se asientan los significados que producimos sobre nosotros mismos y las cosas.

Sin duda, un campo clave a la hora de pronunciar el concepto de cultura es la construcción de alteridades, de otredades que confirman o niegan mis maneras de habitar el mundo y la cohesión social que de allí surge. Las sociedades contemporáneas experimentan transformaciones profundas derivadas de los procesos globalizadores que la economía de mercado y su correlato post-industrial propician y expanden, y que el bordado de las otredades ya no es el mismo que cuando el mundo se dividía en dos posibilidades de desarrollo y las ideologías binarias dominaban la comprensión social y los proyectos de futuro.

A la imagen pétrea de los estados nacionales se sucede la de una postmodernidad líquida –como sostiene Roger Bartra (2008)-, en la cual los diferentes, muchos y muchas de distintas procedencias fluyen, recorren y se cuelan en los intersticios de espacios culturales que los acogen o rechazan. La pregunta por los(as) otros(as) ya no opera solamente desde las viejas oposiciones civilización y barbarie, femenino y masculino, blancos o negros, aunque las contiene relevándolas; hoy día los cruces, mestizajes e hibridaciones que implican los procesos migratorios, las expatriaciones, las expulsiones forzadas, proponen nuevas respuestas y la concepción de identidades móviles (nomádicas al decir de Buttler), múltiples y posicionales parece ser más útil para entender los variados espejos de los flujos contemporáneos de sujetos, símbolos y cosas.

El acontecer del siglo XXI puede ser leído desde los trazos paradójales que lo componen y que nos asombran y estremecen en sus efectos y contornos. Observamos en la mundialización el deseo de construir una ecúmene, de universalizar las experiencias, de construir un horizonte donde justamente los derechos humanos universales sean el cimiento del respeto a la diversidad. Los múltiples modos en que se vivencia la interculturalidad –por ejemplo, en el turismo como movimiento masivo de conexiones entre personas- produce un ensanchamiento de los horizontes insulares, el diálogo entre diferentes, el abrazo entre hombres y mujeres que iguales se aprecian en sus distinciones. Podríamos decir que nos asomamos, en esta época a un anhelo de universalidad amorosa y esférica –en los términos de Sloterdijk-. Pero este deseo convive, al mismo tiempo, con la liquidez de las nuevas formas de habitar el mundo y con un sentimiento de la otredad que permanece acantonado en los lugares más definitivos de la vida cotidiana. Si bien el contrato, como noción global que define que todos y todas somos iguales ante la ley –nuestros derechos humanos- emerge como discurso normativo, las firmes confabulaciones del status devuelven como en una pesadilla las diferencias como desvalor, como negatividad y exclusión. Bástenos colocar el ejemplo del feminicidio como uno de los signos más evidentes de la construcción de la alteridad femenina en tanto chivo expiatorio de otras violencias que soterradas y transhumantes se expresan en la muerte de una mujer como símbolo y mensaje de verificación de las masculinidades amenazadas en su poder (como sostiene Rita Segato para el caso de la ciudad Juárez en México).

Lo diverso, entendido como pluralidad de sujetos que comparecen en su singular dignidad en el tinglado público, pareciera ser un valor positivo que simultáneamente opera en la realidad como conflicto no resuelto y entreverado, además, con un inquietante fantasma: el de la unicidad y el cinismo, “...la mundialización, esto es la tendencia del capital a producir una lógica que hegemoniza a un nivel ideológico todos los ámbitos de las actividades humanas... nombra precisamente la producción de una subjetividad cínica, que se vive desde la certeza de que no hay opción...” como sostiene Sergio Rojas (Rojas:64). Junto a esto el mercado desterritorializado trae consigo la circulación diversa de cosas, personas y signos desde los espejos de una “obsolescencia programada”, y utilizo este término como metáfora de lo volátil, de lo cambiante y del signo de lo desechable que comienza a ocupar un sitio en los imaginarios y de manera cada vez más evidente en las relaciones entre los sujetos.

Esta brevedad de las cosas bien podría semejar el reflejo mimético de los modos de pensarnos y recrearnos ya no como comunidad –de origen y destino- sino como fragmentos. Es por ello que desde el hoy no podemos soslayar el análisis de la globalización pues: “Nos enfrentamos a la necesidad de reflexionar procesos de larga duración, procesos que desbordan la escala individual de la percepción. En este contexto es frecuente la pregunta por el lugar del individuo... Disuelta la comunidad, queda el cuerpo del individuo, para ser más precisos queda el cuerpo como el lugar del individuo. El individuo comienza a corresponder en la actualidad a aquella forma de subjetividad que solo encuentra su lugar en el cuerpo” nos dice el mismo Rojas (Rojas:68). Desde ese locus, el determinismo del cuerpo convoca imaginarios de género, de clase, étnicos, generacionales –entre otros- que muchas veces estimulan, en los escenarios líquidos de los desplazamientos de personas y símbolos (de historias), discriminaciones, exclusiones, desvalorizaciones, manipulaciones y

violencia. Desde un único lugar de enunciación, el cuerpo, convertido en objeto, despoja al sujeto de sus múltiples subjetividades y lo arroja al ser individual. “Diversos estudios, nos dice Bartra, han mostrado que la individualización extrema se asocia a una volatilidad de las costumbres y a un carnaval de identidades cambiantes...Un sector importante de los asalariados aborígenes y de raíz antigua vive un estado de zozobra en circuitos nómades” ( 33).

Estas inéditas maneras de habitar el mundo, que producen fragmentaciones sociales, paralelamente activan comunidades, identidades colectivas y lenguajes comunes que tratando de superar la distancia del cinismo, construyen un “...objetivo normativo (que) parece no ser ya la eliminación de la desigualdad, sino la prevención de la humillación o del menosprecio; las categorías centrales de esta nueva visión ya no son la distribución equitativa o la igualdad de bienes, sino la dignidad y el respeto” (Hannet:10). Las luchas por la consideración de las diferencias han puesto en la trama cultural, una poderosa pregunta por el reconocimiento, por las políticas de la identidad, produciendo una creativa y nueva tensión entre lo universal y lo particular, abriendo un campo posible para imaginar la sociedad desde paradigmas cuyo sustrato ético se afinque en valores como la dignidad, la pluralidad, el conocimiento del otro no en tanto que idéntico, sino que igual. Se podría decir que estaríamos frente a una nueva ética política del reconocimiento cuyo edificio teórico se está realizando, pero existen claros indicios de su fuerza en los abordajes del feminismo y el multiculturalismo, el primero con su concepto de igualdad en la diferencia, el segundo con el respeto a la diversidad.

### ***La globalización desde el escenario cultural chileno. “Una tentativa contra lo imposible”***

Reflexionar sobre las contradicciones y paradojas de la mundialización desde Chile -definido por Gabriela Mistral como esa “tentativa contra lo imposible” o como un “paréntesis” entre la cordillera y el mar- quizás pueda aportar indicios generales para conocer las encrucijadas de una sociedad particular que representa (o al menos se autorepresenta) como una apuesta modélica del liberalismo económico con su consecuente apertura global. Un sistema, como sabemos, instalado mediante el ritual sacrificial de la pérdida de la democracia, la violación de los derechos humanos y la instauración de un orden autoritario. Los cambios de la sociedad chilena, leídos desde la imbricación, a veces conflictiva otras dialogante, de lo local en lo global y viceversa -en dictadura y una vez recuperada la democracia-, ponen en evidencia un paisaje cultural que interroga la noción de crecimiento y desarrollo.

Chile vive un notable auge económico y las posibilidades de acceso a múltiples bienes son únicas en su historia, tanto que el sociólogo Tomás Moulian ha sostenido que el consumo “nos consume”. El símbolo del mall, que ha sustituido a las antiguas plazas como sitio de reunión social, se desplaza por las ciudades y regiones como el emblema de la “prosperidad” y el éxito logrado (por ello, en muchos sitios de carácter patrimonial, las luchas contra la construcción de un mall en sus localidades se han transformado en un conflicto cultural entre distintas visiones del mundo y del desarrollo).

Otra contradicción que nos cuestiona es la relacionada con la educación, Chile ha avanzado de modo notable precisamente en la ampliación del acceso de las distintas clases sociales a la educación básica, media y universitaria y con orgullo ostentamos el que por fin tenemos muchas primeras generaciones de familias que han ingresado a la educación superior. Junto a ello, nos sorprende el fenómeno del analfabetismo funcional: casi la mitad de la población nacional no entiende lo que lee. Se trata, a mi juicio, de un nudo dramático en tanto la lectura es un ejercicio intelectual refinado y complejo, que como ninguno desarrolla el pensamiento crítico que hace posible, al develar los dispositivos culturales, la renovación del orden social y sus legitimidades simbólicas. Tal vez, la nueva cultura que ha puesto un excesivo peso en los índices económicos como eje del desarrollo, la desvalorización de las ciencias sociales y las humanidades, con un claro correlato en reformas educativas que enfatizan no el cultivo gozoso de lo literario, sino de la comunicación, son parte de las causas de esta versión postmoderna del antiguo analfabetismo por carencia de escuela o desuso.

El crecimiento ha significado que muchos grupos sociales puedan al fin gozar de una vivienda digna, de un salario y de un lugar en la sociedad, paralelamente esto se hermana con una desigual distribución de la riqueza, con una gran segmentación urbana, con la elitización del acceso a ciertos bienes simbólicos y con un déficit de asociatividad. Las nuevas formas de explotación y producción de las industrias extractivas, forestales, pesqueras –enclavadas en zonas indígenas- así como sus requerimientos energéticos, han traído enriquecimiento y al mismo tiempo resucitado los viejos y no resueltos problemas con los pueblos originarios haciendo que estos se rearticulen poniendo en escena la cuestión del colonialismo interno, del racismo, de la pobreza indígena, de la violencia antigua y la nueva, así como demandas por autonomía. Estos mismos pueblos originarios, a su vez son progresivamente valorados desde sus bienes culturales, a veces fetichizados en el mercado – fenómeno que los Komarof han descrito para Sudáfrica como la “etnicidad s.a.”, o bien son sujetos de emprendimientos relacionados, por ejemplo, con el turismo étnico que dibuja paisajes y patrimonios para visitantes que conviven con pacíficas imágenes de un universo indígena que, no obstante, comienza a conflictuarse con la idea de “progreso” y de “conservación”, y que desde ese mismo lugar se constituye en agencia para el reclamo de derechos ahora internacionalizados (como el decreto 169).

A 40 años de las mutaciones acaecidas en la sociedad chilena, con una propuesta política de cambio cultural de menos Estado benefactor y más desarrollo privado, han nacido fuertes sentimientos de precariedad, de desconfianza y abandono en los sectores más desfavorecidos por las transformaciones. La experiencia de nuestro modelo ha desatado en los últimos tiempos nuevas demandas sociales que giran en torno a la noción de que la educación, la salud y la previsión son derechos que no pueden tener un correlato de mercado y, adosados a ellos, se escuchan murmullos y rumores que bregan por las ciudadanía culturales y luchas por el reconocimiento.

Este bosquejo nos hace pensar que Chile, enfrenta hoy día un desafío cultural como pocas veces lo ha tenido en su devenir, y quizás sus respuestas –necesarias en el momento de auge y crecimiento económico que atravesamos- puedan también ser una contribución a problemas que aparecen y se replican, asimismo, en distintos lugares de nuestro planeta. Uno de estos cruciales retos, a mi juicio, es el que dice relación con las otredades internas y las “externas” que re-emergen, en un juego local, translocal y con múltiples tesituras políticas y simbólicas.

Si bien, como dijimos, los pueblos originarios, han ido ganando espacios más positivos en los imaginarios chilenos, siguen constituyendo una alteridad que cuestiona las formas neocoloniales de la interculturalidad, proponiendo desafíos de gobernabilidad que implican, sobre todo conocer su pasado, y comprender sus necesidades desde lógicas distintas a las que conocemos, y que abarcan desde la idea que las cosas de la naturaleza están habitadas por ngen (dueños-espíritus de antepasados) en el caso mapuche, y en el rapanui que los varua (sueños) encadenan a un conjunto de soñantes que deciden el curso de la existencia. Estos ejemplos nos enfrentan a la interpelación profunda y a la complejidad que supone asumir el respeto a la diversidad, el diálogo entre diferentes y su correlato en políticas culturales que acojan sus heterogéneas y a veces disímiles modulaciones.

#### *Corolario*

“Seguiremos escribiendo sobre abuelas, Salazar,  
la mía por ejemplo trabajó 70 años  
en las fraguas alemanas  
y leyó los Himnos a la Noche  
en los kuchen de frambuesa y de nata  
y en la hiriente soda caústica  
que blanqueaba los retretes hacendales....  
Oh, abuelas del jardín y la cocina

esperando en la mesa del pellejo  
un destello de ternura y respeto  
en los ojos de sus hijos impostados” (Jaime Luis Huenun, Testimonio).

La mesa del pellejo en Chile se inscribe en una costumbre de otros tiempos que consistía en la separación de adultos y niños a la hora de comer: había que establecer las distancias y preservar el orden y las jerarquías, el estatus de cada quien. El pellejo es la piel, y la abuela de Jaime Huenun, huilliche y empleada de las casas de los alemanes del sur de Chile, es confinada allí, como menor de edad, aherrojada a su estatus devaluado de género y etnicidad. Es tal vez esa experiencia de ocupar la mesa de los “menores” la que hay que traer a nuestro corazón cuando pensemos en los dilemas que supone pensar la cultura –nuestro modo de habitar el mundo- como inclusión de las diferencias. ¿Cómo se piensa la vida desde esa mesa del pellejo?

Los olores de las comidas migran con las comunidades que se desplazan y que recrean sus hábitos en las ciudades de destino y, como lo ha comprobado Joel Candau, los olores de los otros, son quizás uno de los signos más prístinos de la aceptación o el rechazo, de la constitución de fronteras entre el nosotros y los otros. También migran los sabores, los símbolos, los relatos, las subjetividades. El locus donde se juegan las contradicciones entre el estatus y el contrato, como dijimos antes, se afina en la vida cotidiana, y uno de los lugares más cristalinos para detectarlo es al interior de los hogares: el destino de las migrantes pobres es el empleo doméstico (antes lo fueron las abuelas de Huenun) y bástenos citar el testimonio de una “nana peruana” para comprender todas las implicaciones de la mantención secular de la mesa de los menores:

“El otro día algo me pasó que no me gustó: yo estaba en la cocina –las comidas son tan pequeñas que para mí es molesto-, tenía tanta hambre que me cociné una pasta...Me sentí terriblemente avergonzada cuando la señora entró, nunca me voy a olvidar, y me dijo: “¡Qué lindo que te estás alimentando! Con un tono no de broma, sino en serio. No pude continuar comiendo así que boté todo a la basura, me atacaron los nervios. Me quedé en la cocina completamente avergonzada, no dije nada, y su esposo entró después y dijo: “¡Qué sorpresa!” Eso era para ellos estar comiendo. Me sentí mal, me dolió la cabeza y pensé: ¡Nunca voy a cocinar nada para mí enfrente de esta gente tan presumida! No me gustó la manera en que ellos están controlando mi comida ¿cómo puedo satisfacerme con un poquito de verduras?” (En Lorena Nuñez)

Esa zozobra, de la que habla Bartra, de los asalariados de raíz antigua, en los circuitos nómades, puede conocerse y palpase en este testimonio. Los sistemas simbólicos de la alimentación, la cocina y el comensalismo nos impulsan a atrevernos a imaginar otros modelos posibles de convivencia en la diversidad. Las y los que comen juntos en una misma mesa son hermanos y hermanas. Olvidados de ese mínimo y sabio gesto hemos ido dejando a varios y varias fuera de la mesa de la abundancia, en la mesa del pellejo.

Con todo, y aquí termino, están los sueños. Inicié esta exposición con la imagen del poeta mapuche-huilliche, Bernardo Colipan, “del caballo caí al sueño la otra noche”. Estoy segura que no nos desplomaremos al suelo frente a los contradictorios signos de la globalización y, aunque la distancia entre l y ñ sea pequeña, más bien nos despeñaremos a la tierra del cielo, esa que todos y todas alcanzamos cuando nuestras cabalgaduras han desaparecido y nos sentamos en la misma mesa con las cabezas grandes de oro, con la reina azul, a contar nuestros sueños.